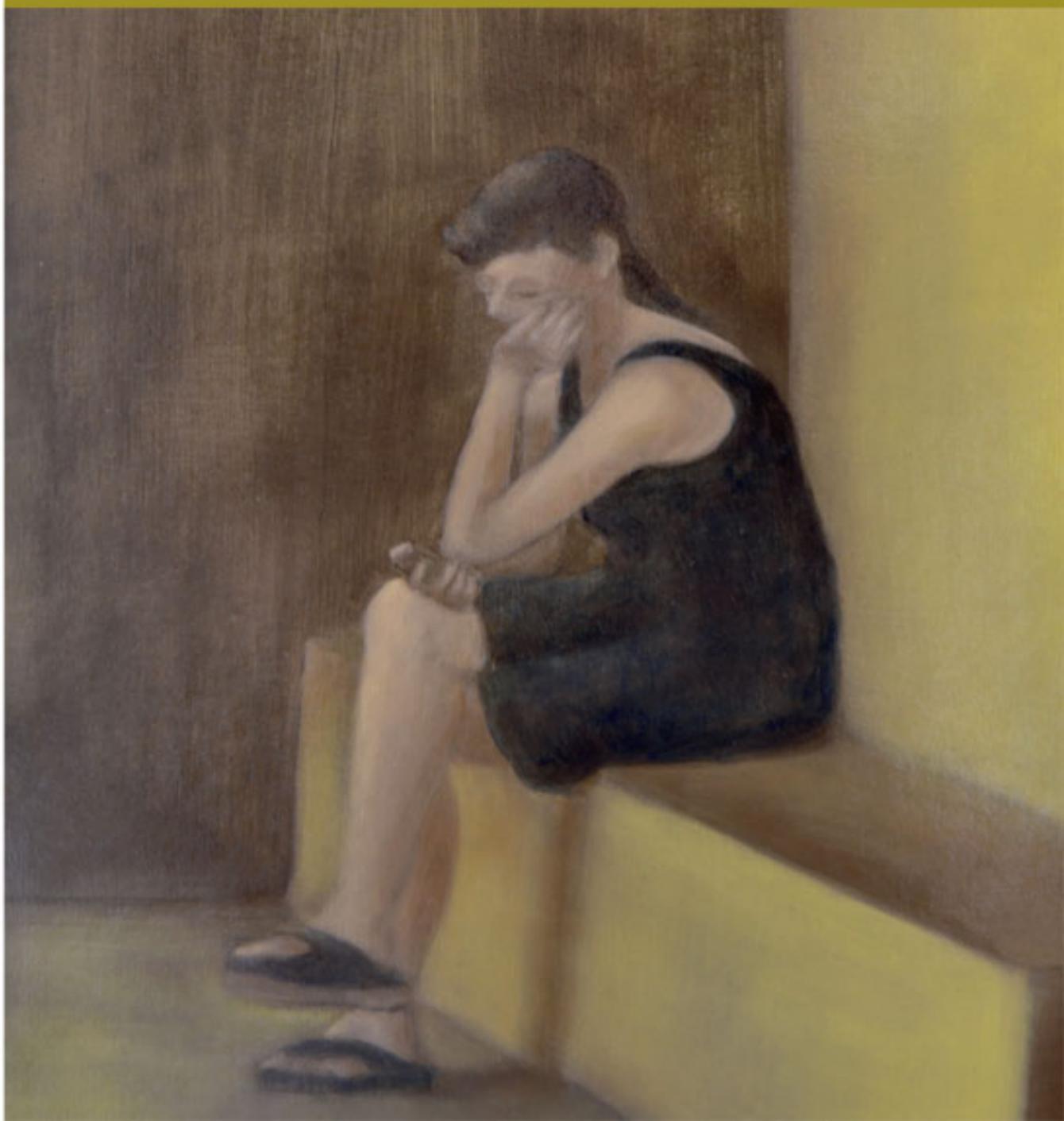


JUAN ÁNGEL JURISTO

# Vida fingida



izana editores

**narrativa izana**  
**JUAN ÁNGEL JURISTO**

# **VIDA FINGIDA**

Narrativa izana  
Colección dirigida por Justo Sorelo  
© JUAN ÁNGEL JURISTO, 2012  
© Diseño de portada, LARA BOTO, pintura de portada de LUISA PALLARÉS, sin  
título. Óleo sobre tela  
© Fotografía del cuadro Víctor Sánchez Valcárcel  
© Fotografía de solapa de ANTONINO NIETO  
Corrección ISABEL LERMA  
© AMBAMAR DEVELOPMENT, S.L. 2012  
e-mail: [izanaedirores@izanaedirores.com](mailto:izanaedirores@izanaedirores.com)  
Avenida de Machupichu, 17-3  
28043 MADRID  
Tel.: 913880040  
[www.izanaedirores.com](http://www.izanaedirores.com)  
Diseño: Antonio Ramos  
ISBN: 9788494260759

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

# Índice

## Índice

### La telaraña

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

### Vida fingida

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11  
12  
13

A Leandra, porque sigue siendo Ya Miguel claro

# La telaraña

# 1

Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas lo son cada una a su manera. Cuando leí por vez primera esa frase era la hora de la siesta, justo cuando notaba cómo se me iba empujando hiciera lo que hiciera, no había manera de controlarlo, sentí que algo dentro de mí se recomponía porque por fin podía pensar que tanto mi padre, como mi madre, mis hermanos y mis tíos, por no hablar de los abuelos, los abuelos, tan lejanos y solos, casi siempre sentados como minerales, constituíamos una familia, por muy extraña que pareciese en el barrio. Tenía quince años y desde entonces siempre me ha acompañado, y he echado mano de ella, sobre todo en los momentos en que la contemplación de alguna escena familiar hacía que se me saltaran las lágrimas de nostalgia, aunque no supe nunca el porqué ya que no se puede sentir nostalgia de algo que nunca se ha vivido aunque si anhelado, vaya que lo anhelé, y por mucho tiempo. Todas las familias dichosas se parecen. Qué frase. Y qué verdad contiene. Más quizá que las palabras que le siguen porque lo de ser a su manera todo el mundo lo procura pero igualarse a nadie le gusta, ni siquiera en la dicha. Pero todo eso tardé mucho tiempo en aprenderlo, tanto como lo que separa aquellos quince años de mis cuarenta de ahora, con un estanco por medio y una viudedad no deseada.

Fue lo único que retuve del libro aunque la tortura a que sometían a esa mujer era terrible y una sensación de pena, de querer ayudarla, me duró lo que tardé en devorar aquellas páginas, unas veinte siestas. Pero el autor desde luego no se había dedicado a pasear por mi barrio donde no había domingo por la tarde, ante los descampados desde donde se adivinaba Madrid a lo lejos, con la cúpula de San Francisco el Grande en primer plano y la Torre de Madrid en la línea del horizonte, en que no se asistiera a alguna que otra pelea donde siempre, detrás de los gritos, arreciaban las hostias por lo general o algún que otro puñetazo a alguna que otra mujer y siempre, siempre, alguien que increpaba al tipo, y siempre, siempre, los gritos de ella en defensa de su macho. Aquello llegó a divertirnos, aquel espectáculo que se producía justo antes del crepúsculo, cuando el domingo iba cayendo, y todo el mundo se resistía a ir a sus casas intentando prolongar aquellas horas que conducían fatalmente al trabajo del día siguiente. Al fin y al cabo era un aristócrata y tenía el colchón protector de haber nacido así, en una familia distinta, aun sólo fuera eso.

Aquello llegó a divertirnos. Tanto que durante aquel verano en que leí Ana Karenina me aficioné a ir con Lorenzo a ver lo de las hostiadas, como él lo llamaba. Nos sentábamos en el dintel de una casa abandonada, chamuscada, y de la que sólo quedaban los muros en cuyas paredes se descubrían formas caprichosas, único vestigio en pie de lo que había quedado de la línea del frente de Carabanchel, y sólo nos restaba esperar, no más de una hora, fumando mientras a nuestros pies, en la hondonada, paseaban parejas intentando hacerse las remolonas, dándose un beso furtivo mientras ella rechazaba una mano que se había dejado caer rozándole una teta, se dejaba ver alguna que otra familia paseando a los niños y pasaba el barquillero o el de los helados con sus barras de hielo y sus botellas alineadas con unos líquidos coloreados que eran como los

de una película de ciencia ficción, tan brillantes, y allí estaban, de pronto, él con su pelo lleno de brillantina y el pañuelo saliendo alborotado del bolsillo de una chaqueta que le queda pequeña; ella, con un rostro consumido y unos labios que quiere pasarse por el lápiz de vez en cuando. Entonces sucede. Él le recrimina que se esté pintando por coqueta y puta y ella, entonces, por no ser menos, le grita, porque siempre grita, cabrón, y de inmediato el guantazo se lo lleva. Luego los lloros, más gritos, de cabrón para arriba, vamos, hijo de puta, momento que él aprovecha para largarle otra hostia o una patada antes de que se oiga al indignado que habla de llamar a la guardia civil. Ahora parecen enzarzarse el pegador y el indignado mientras se forma el círculo de gente alrededor, y ella sigue gritando mientras intercala insultos a su marido, sí es mi marido, no mi chulo, ¿qué se ha creído?, con alguno al indignado, mientras reculan y reculan gasta que Lorenzo grita, entonces, la guardia civil y el pegador y la hostiada salen corriendo mientras nos partimos de la risa y comienzan ahora a decirnos de todo los padres de familia mientras el de los helados, que conoce a Lorenzo porque vive en el solar de al lado de su casa, le guiña un ojo. Así durante más de un mes y da lo mismo que cada semana cambie el hostiador y la hostiada. Lo que a Lorenzo y a mí nos tenía pegados a aquel aburrido mirador los domingos por la tarde era que siempre se repetía la misma historia. Todas las familias felices se parecen, ¿no?

Todo esto lo digo por lo de la adúltera de la novela. Sin aire alguno de nostalgia. Todo aquello ya desapareció. Para siempre. Y bien enterrado esté. Como Lorenzo, que no se merecía morir tan joven.

Llueve. Llueve desde hace más de cinco días en esta ciudad donde se supone que casi nunca llueve y que cuando lo hace es para un rato, como si se regara y no más. Malo para el negocio. Cada día fuma menos gente y lo curioso es que cuando llueve parece como si los pocos que todavía lo

hacen se excusaran por aquello del mal tiempo para no confesarse que están intentando dejarlo. Cuando llegan estos días raros, me encierro en la cava y contemplo los centenares de cajas de cigarros que mi suegro acaparó para cuando viniesen los tiempos malos, como el decía siempre con aire de pesar aunque siempre pensé que por dentro estaría contento de que algo así ocurriese, todo el mundo desea un Apocalipsis a su medida, ésta es otra de las cosas que aprendí con el tiempo. Miro las cajas, apiladas, algunas con más de veinte años, cigarros habanos de marcas que ya no existen y que creía que con el tiempo adquirirían precios astronómicos, cuyo techo sólo ponía su delirio, en el mercado neoyorquino, lugar de todo lo insospechado. Miro las cajas y las apilo de manera distinta, por colores, a la espera de que la campanilla me advierta de la llegada de un diente aunque lo cierto es que desde hace algún tiempo no deseo que nadie me moleste, sobre todo cuando estoy aquí, rodeado de las redondeces de las paredes de la cava y de el olor tenue, amoniacado, que mi suegro me enseñó era el olor que debían tener las buenas cosechas. Luego terminaba explayándose sobre añadas y vegas pero aunque le miraba con ojos de estar en misa siempre pensé que se tiraba faroles, como los cazadores. El tabaco sólo sabe a tabaco pero aprendí las palabras suficientes para hablar con los clientes adinerados que se llevaban las cajas por docenas. A esos sí que había que enrollarlos con los años y las vegas porque de esa manera pensaban que se llevaban algo más que tabaco. La mística es así. Siempre hace buenas migas con el dinero. Me viene ahora el recuerdo de Laura.

## 2

Laura. Con su pelo castaño, enorme, como caído en cascada, pero nada liso, como a mí me gusta. Fue como un relámpago. Tres meses llevaba ya en las clases de escritura a las que asistía por las tardes porque siempre me había gustado leer, ya les conté lo de Ana Karenina pero la verdad es que hubo una novela que me obsesionó durante meses, algo que nunca me sucedió, ni siquiera cuando murió mi mujer, Moby Dick, y creo que fue por esa obsesión de mis veinte años por lo que vine a las clases de Eduardo. Bueno, por eso y porque me pilla cerca del estanco. Pero ya desde el primer día no terminamos de caernos bien. Llego con mi gabardina plegada y mis mejores zapatos, de punta redonda, bien cerrados, que me dan cierto aire de inglés en el campo, y me siento al lado de unos jóvenes, la verdad es que no hay mucho donde elegir porque nadie pasa de los veintitantos, que se ríen entre ellos, ensimismados con sus gestos, no paran de rebuscar libretas y lápices que sacan y vuelven a meter dentro de sus mochilas, con ganas de apuntarlo todo, me digo, desconsolado, y allí aguardo hasta que a los cinco minutos, bien contados, aparece él, Eduardo, el profesor, un cincuentón de barba recortada, como aquellos de los primeros tiempos del PSOE, pero con lo peor de la nostalgia, camiseta y un chaleco de esos de pescador donde asoman montones de bolígrafos, lápices y rotuladores, ¿para qué querrá tantos?, un farsante, pienso,

porque la verdad es que disgusta. Así que allí estoy con mis zapatos de inglés en el campo, bien lustrados, y mi camisa de lino crudo y mi chaqueta de mezclilla en medio de gentes con camiseta y zapatos deportivos ¡en un curso de literatura!, exclamé para mis adentros, y lo digo así porque es que era así, una exclamación que quería ser una protesta pero que aún no llegaba a ello y que aunque quería salir de mí nunca pudo. Y la verdad es que nunca llegó a salir más allá de mis labios y Eduardo no supo en ese curso lo mucho que llegué a detestarlo.

Porque no fue sólo lo de la indumentaria. Aquello tenía un pase, aun fuese porque, al fin y al cabo, todo el mundo vestía ya de manera tan descuidada, ¿qué pensaría esta gente de un tipo como Oscar Wilde?, sino que en aquellos meses no pronunció la sagrada palabra, Moby Dick, y eso que yo, en las preguntas, me refería a ella de pasada, bien es verdad que a mi modo, discreto, diríamos, ¿hay otro? pero no se enteró o no quiso enterarse. De Tolstoi, sí dijo, y mucho, dos tardes enteras pero a mí lo único que me arrebató de él fue aquello de las familias y no atendí gran cosa. Tenía otra cosa delante de mí de qué preocuparme, así que oí todo aquello sobre el escritor ruso como en un sueño, mezclando palabras y atendiendo sólo a su sentido porque si hay algo que no me gusta es que me pillen descuidado y menos un tipo como Eduardo. Desde luego no iba a ser yo quien le diera ningún motivo, ni siquiera el más pequeño.

Allí estaba ella. Había entrado a hurtadillas, cuando la clase había comenzado. Yo ese día, en contra de mi costumbre, me había puesto detrás, en la última fila, porque no quería que Eduardo, que llevaba hablando de Tolstoi más de un cuarto de hora mientras abría de vez en cuando el enorme volumen de Guerra y Paz y leía frases enteras con voz monótona, cansina, me pillase somnoliento. Porque la verdad es que no me interesaba nada lo que contaba, pero es que, además, había tenido un día duro, de esos que sólo

se presentan algunos al año. Un escocés, eso dijo, quería comprarme todas las cajas de habanos que mi suegro, el pobre, había acumulado durante años, la obra de toda una vida.

Bueno, al escocés no le vi. Pero sí a Lucas, que fue quien me lo dijo porque no se le había ocurrido otra cosa que anunciarlo en Internet. Yo, ni siquiera tengo ordenador, y cuadro las cuentas al viejo estilo, y fue él el que me convenció una tarde en que debía andar flojo que me anunciara “en la red”, eso dijo, si quería quitarme de encima esas cajas y forrarme con ellas. Le dejé hacer porque a quien quería quitarme de encima era a él y no sabía cómo. No le di importancia alguna. Es más, ni siquiera pensé que fuera a hacerlo porque Lucas es un poco fantasma, como si fuera cazador o pescador de río, y lo único que quiere cazar son mujeres, y ni eso. Pero, en fin, el caso es que se presentó por la mañana y me soltó lo del escocés. Había contestado a su correo electrónico. Compraba todas las existencias y por una cantidad de euros que no bajaba de cinco cifras. Entonces me entró el pánico porque sabía que esta gente subastaba luego en Londres o Nueva York a unos precios astronómicos, cuanto más antiguas fueran las cajas y los puros más inservibles para fumarlos mejor que mejor, y también sabía por colegas que andaban rastreando por todos los sitios inimaginables porque las existencias se les estaban agotando, muertos ya los cubanos de Miami que se habían traído cargamentos enteros, muertos ya los coleccionistas de otros tiempos en que poseer una cava daba prestigio, muertas ya las cosechas de la misma isla, cada vez más empobrecida la tierra, con la consecuencia de mitificar aún más unos tiempos en que uno sencillamente se fumaba un puro y los había buenos y malos, y nada más. Me entró el pánico y disimulé todo lo que pude con Lucas porque no quería que se me notara, sobre todo eso, y le dije que le vería por la tarde, después de salir del seminario de literatura, y que

hablaríamos. Aquello me abatió. Así que coloqué el cartel ya descolorido con el “Ahora vuelvo” en el cristal de la puerta y me fui a la cava donde me encerré durante horas. Allí, envuelto en esas paredes combadas, entre las cajas apiladas que llegaban hasta el techo, me dejé caer en un sofá que había conocido tiempos mejores y que mi suegro había dejado allí por motivos cuya certeza imaginé años más tarde, siempre llegaba a su casa cuando mi suegra y mi mujer, la que luego sería mi mujer, estaban ya acostadas y así durante años, y miré alelado estas columnas llenas de hojas de tabaco dormidas imaginándoles un destino de lujo.

¿Qué mejor que Shanghai?, me dije, soñador. Sabía que, como tantas otras veces, estaba sacándome un clavo con otro, y que, en realidad, esas cajas nunca saldrían de esta cava, pero lo de Shanghai me venía bien para creérmelo unas horas y decírselo por la tarde a Lucas, que así me dejaría en paz por una temporada. Di vueltas al asunto de Shanghai y pensé que era lo mejor. Aquello estaba lleno de millonarios que imitaban con extravagancia cualquier cosa venida de Occidente. Y desde luego que tenía que haber un mercado, aun fuera clandestino, de subasta de puros. O allí o en Hong Kong. Y, entonces, me fui relajando porque con ese destino tendría a Lucas distraído unos meses, en espera de algún contacto, incluso de la aparición de algún enviado venido de tan lejos y, discreto, como todos los de su raza, que me daría, dejándolo sólo entrever, fortuna para el resto de mi vida. Algo le caería también a Lucas, claro. Ya me encargaría yo de decírselo de una u otra manera. Tendría el efecto de un anzuelo de mosca.

El pelo era castaño, nada liso y caía en cascada. Sólo me fijé en eso porque no me parecía bien mirarla por más tiempo. Entró cuando Eduardo nos leía un pasaje sobre la caza en Guerra y Paz, donde decía que en esas páginas el escritor casi había conseguido hacer hablar a los perros. A mí aquello me pareció una exageración, eso que los franceses llaman tener lengua de madera, hablar por

hablar, vamos, pero no me importaba porque por mí podía seguir hablando una hora más. Yo ya estaba en otra cosa y sabía que era importante porque hasta el aire había tomado otra cualidad. Siempre me había sucedido en los momentos importantes de mi vida. El aire se volvía más transparente, más luminoso. Una vez se lo conté a un amigo, Carlos, por una vez tuve esa debilidad, y se rió contestándome que eran imaginaciones mías y que lo que me sucedía era que lo que se me aclaraba era la mente que, por lo demás, siempre andaba un poco oscurecida. En eso tenía razón, en lo de la mente, no en lo del aire. Bueno, se hizo más transparente y entonces, sin mirarla, adivinaba su postura un poco más allá del rabillo del ojo, a la izquierda, notaba su presencia, poderosa, y así me entretuve lo que duró la perorata de Eduardo, que sólo preguntó a una de las chicas de camiseta, la que llevaba siempre un surtido de ellas con palabras en alemán, Ich liebe Berlin y frases así, y luego, dirigiéndose a la recién llegada nos la presentó. Nobleza obliga. Laura, dijo que se llamaba, y fue el momento en que aproveché para mirarla, ahora sí podía, y me concentré todo lo que pude para sacar de ella lo máximo posible en el menor tiempo. Eso se llama intensidad pero con el tiempo me he dado cuenta de que, como todo en la vida, hay que saber administrarlo. La cabellera era castaña y le caía en cascada y su cara tenía pequeñas pecas y era un poco afilada de mentón pero tenía unos ojos enormes, redondos, que le daban aspecto de muñeca. Y no vi más. Acabó la clase y en el tumulto de recoger la cartera y ponerse el abrigo y charlar de paso con el que tienes allado intenté ponerme a su altura al salir pero sólo divisé su espalda porque parecía tener prisa por salir, ¿tendría novio?, y luego, mientras me dirigía a casa, justo encima del estanco, por unas calles tan familiares que podía concentrarme en cualquier cosa mientras lograba no pisar una sola mierda de perro, intenté exorcizar su presencia, al modo de una oración de otros tiempos, que al parecer conservaban ese

poder, pero los rasgos no se perfilaban, estaban desdibujados, como si fuera un fantasma que quisiera decirme algo desde el otro mundo, como había visto una vez en la portada de un cómic. Era la intensidad, seguro, que ahora se tomaba venganza porque todo en la vida tiende a su equilibrio y el exceso de atención se paga con su defecto luego, cuando más lo necesitas. Pero no me importó. Antes de dormirme, había visto después de cenar una película en la televisión donde un profesor francés es abandonado por su amante, intenté todo el tiempo que duró buscar los rasgos que diferenciaban a Catherine Deneuve de su hermana Françoise Dorléac, ésta con el apellido del padre, la otra con los de la madre, como una familia en equis, y creí encontrarlos por un momento pero luego los rechacé, y cuando por fin decide volver a convivir con su mujer llega ésta al restaurante donde está él cenando solo, regodeándose en la idea de comenzar de nuevo, y lo mata. Y más tarde, en la cama, mientras esperaba el momento en que uno empieza a irse a otro lugar, me vino de repente su rostro, como una aparición, nítida, con las pecas descolocadas, seguro, pero tan claras que hasta podía recorrerlas con los ojos como si de pequeñas montañas se trataran. La intensidad había bajado gracias a estar viendo a la adorable Françoise un buen rato y ahora quería resarcirse. Seguro. Hasta llegué a pensar que tenía celos.

Al día siguiente ramoneé a la caída de la tarde, después de haber cerrado el negocio, por la acera que daba frente al edificio donde Eduardo nos hablaba de Tolstoi, sólo de él, como si no hubiese leído otro en su vida, con ánimo que sabía tonto, de verla salir por aquella puerta de metal con la pintura levantada y cristales sucios que daba acceso a las clases de literatura, cruzando un desvencijado patio donde dos macetas con aspidistras que amarilleaban estaban colocadas con el generoso ánimo de alegrar un poco aquella permanente penumbra. Teníamos clase tres veces a la semana y ese día no correspondía, pero algo me

impulsó a dirigirme allí y pasear una y otra vez por la acera de enfrente hasta que me senté en el bar donde solía desayunar algunas veces y, colocado allado de la ventana, miré un buen rato aquel edificio ennegrecido, de ladrillos marrones, donde aún se veía, despintada, allado de los cables de los teléfonos, la chapa con el yugo y las flechas del Sindicato Nacional de la Vivienda. No salió nadie, quiero decir, de ella nada de nada. Como debía ser pues debía estar apuntada a las mismas clases que yo. Luego, cuando me levanté para pagar, al girarme, vi claramente a Eduardo saliendo por la puerta doblado hacia la izquierda por el peso de la cartera. Me quedé mirándolo un buen rato, siguiéndolo, paso a paso, cómo cruzaba la calle de manera torpe, que revelaba alguien que no hacía ejercicio, que estaba a punto del abotargamiento que avisa de lo peor, que se podía quedar cualquier día de estos muerto de un infarto encima de su mujer, en plena faena. Casi me entra la carcajada al imaginármelo así, despatarrado, y con la mujer gritando sin saberse por fin liberada del yugo de Tolstoi, pero me contuve y salí del bar justo cuando él se metió en su coche también de manera torpe, acomodando esa masa temblequeante al asiento de su utilitario. Parecía un flan enorme, un flan con pelos. Esa noche me vengué de él. No encendí el televisor y me metí en la cama con Moby Dick, por primera vez en muchos años. Hasta casi derramé una lágrima cuando reconocí mi letra anotada en un margen, en el capítulo del doblón de oro. Esa noche ella también se esfumó de mi imaginación. No atisé su largo pelo ondulado ni sus pecas como manchas de orín.

Una cara aplastada contra el cristal de la tienda fue el primer rasgo amigo que reconocí al otro día. Lucas. Era hora de cerrar para ir a comer y toda la mañana una niebla algodonosa, blanca, como hilo de caramelo, se había aposentado en las calles. Me leí toda la prensa que pude, vendo también algunas revistas del corazón y los dos diarios de mayor tirada, pero me harté pronto de repasar

con la mirada fotos de gente que no reconocía. No entró nadie, ni siquiera los de los restaurantes de la calle que venden tabaco a escondidas y a unos precios mayores pero que gracias a ellos puedo mantener el negocio con dignidad. Ni siquiera me estrené en toda la mañana, que ya es decir. Y cuando me dispongo a salir a la calle, esa cara contra el cristal, con aspecto de molusco, los labios pegados, ¿y así pretende ver si hay alguien al otro lado?, tamborileando con los dedos.

Lo primero que le solté es que habíamos quedado para vernos después del seminario. Y exageré la nota diciendo que era algo que me interesaba mucho. Dio igual. La cosa no estaba para hacernos ningún favor. Así que comimos en el restaurante de siempre, al que suelo ir cuando estoy con Lucas. Limpio, modesto, con un dueño que ajusta la carta año tras año hasta que tengamos que irnos por asco o porque nos mande al otro barrio por una intoxicación. Le digo a Lucas de cambiarnos pero se hace el sordo. Como para casi todo. Lo hace por avaricia, seguro, por el placer de ahorrarse unos céntimos, aun le vaya la salud en ello.

Y pedimos lo de siempre. Ajustarse como un autómatas a la carta. Si no, vas de culo. Una vez me salí de ella porque quería probar unos riñones. Me entró, así, de repente, quizá porque el día anterior había visto una película inglesa, ¿él, Trevord Howard?, donde dos enamorados, ¿ella, Joan Fontaine?, toman pastel de riñones mientras contemplan por la ventana un difuminado Londres. Sabía a orines, a lana vieja, y el arroz que lo acompañaba peor. Contaminado del todo. Y Lucas, mientras, hablaba de seguido, cuando se enrolla no hay quién lo pare pero eso sucede pocas veces, saboreando su menú, macarrones con chorizo y lenguado frito sin cabeza, vamos, filete de fletán. Sí, mejor atenerse a la rutina.

Entonces, mientras pedíamos sin siquiera mirar la carta, le hablé vagamente de que el negocio de Nueva York no era muy seguro, que había otros caminos, de seguro China, con

sus nuevos millonarios y sus obligadas extravagancias de nuevos ricos. Me miró estupefacto, como si no me hubiera oído, así que por un momento se quedó con la boca abierta, que cerró de inmediato antes de juntar las cejas y mirar por la ventana, una manera de decirme que estaba harto de mis cambios de humor y de que renunciaba a hacerme ningún favor. “Bueno”, le dije, “creo que lo de China nos pondría de verdad en órbita. Ganaríamos mucho... quizá demasiado”, la pausa aquí era necesaria porque había que recalcar lo del dinero. Lucas, cuando se habla de dinero, es como una trucha hambrienta. No mira, sólo pica. Y dio resultado porque aún estuvo reticente un buen rato, dolido, pero poco a poco, sabía como ajustarle de nuevo las emociones que luchaban dentro de él, vamos, ese deseo de mandarme a la mierda alguna vez pero sabiendo que no podía por ahora y aplazar de nuevo ese placer, se relajó e incluso se permitió el lujo de contar algún chiste, malo, como todos los suyos pero en que detecté de inmediato una alegría que le venía de dentro porque ya había calculado lo que podía ganar en la operación china. Bueno, recuerdo que miré por la ventana un buen rato porque no tenía nada que hacer y vi cómo la niebla, en jirones leves, como cortinas, dejaban entrever en lo alto, más allá de la línea de los tejados, un azul que sólo recordaba de las imágenes de las vírgenes de la iglesia de mi barrio, cuando era un chico y me refugiaba allí del polvo y del calor de fuera. Dentro se estaba fresco y olía a flores recién puestas, siempre, y aquel azul de los mantos de la virgen, tan delicado. Como ese cielo que se presentaba ahora, de improviso. Lo tomé como un buen auguro.

Y eso que sabía que esa tarde no podía ir a la clase de literatura. Mejor. Porque Eduardo nos había pedido hacía un mes que escribiéramos un relato sobre un adulterio. “Lo que se nos ocurriera”, dijo, como si uno pudiera escribir de algo distinto de lo que podía imaginar, y yo no había escrito nada. Quizá porque nunca le había visto el interés a esas

cosas, pero sobre todo porque intuí algo malsano en esa petición del profesor, el obsesionado con Ana Karenina. Penoso. Pero alguna vez lo pagaría.

Pero con ello quiero decir que ni siquiera me acordé de ella porque lo importante ahora era quitarme de en medio a Lucas por una temporada y tenía que contar con el rito acostumbrado en estas ocasiones. Pasear después de comer, hablar de un montón de cosas sin interés, fumarnos algo, yo siempre llevo algunos puros pequeños aunque sólo fumo en ocasiones así, cuando tengo que disipar malos humores, y, sobre todo, sentarnos en dos o tres bares y pedir cervezas y algún que otro whisky hasta que anoheciera y despedirnos, entonces, con promesas incumplidas de amistad eterna. Poco a poco le engatusé con lo de Shanghai o lo de Hong Kong y prometió ponerse esa misma noche a trabajar para ver si conseguía en pocos días algún contacto. Recuerdo mi poder de persuasión esa tarde, mientras a nuestro alrededor el tiempo mejoraba y las mujeres lucían sus últimos jirones de meditada desnudez antes de tener que enfundarse en abrigos que siempre eran promesas de disimulada reclusión.

Esa noche soñé por primera vez con ella. Hablaba de Shangri La y de que deberíamos ir allá. Ella, entonces, su melena, porque sólo veía esa cascada ondulada, que olía a flores disipadas, me contestaba con voz persuasiva, ronca, como si saliera del vientre, que sí, que teníamos que volver a escuchar ese disco de Stevie Nicks, que era fabuloso, y yo me angustiaba porque hablaba de otro Shangri La, ¿es que no recuerdas Horizontes perdidos?, a Ronald Colman y Jane Wyatt, tú, más hermosa que ella, ahora, ese lugar donde el tiempo se detiene y puedo, entonces, contemplar tu pelo eternamente aunque ello sólo me otorgue la sensación de un instante porque quiero creerlo. Pero no se lo dije, no podía decírselo, y la voz que salía de detrás de la melena seguía repitiendo lo de Stevie Nicks, hasta que me desperté, aliviado, y aproveché para orinar. Esa, creo, fue

la primera vez que discutimos sin discutir. Sin dirigirnos la palabra. Pero me gustó porque sonaba a expiación.

### 3

La ocasión no vino al día siguiente, ni al otro. En realidad no vino nunca porque nunca se presenta. Las cosas siempre se desarrollan de otra manera. Yo, por lo menos, siempre lo vi así aunque Laura era de otra opinión cuando se lo comenté llegado el momento. Pero sí contemplé su melena aquella tarde mientras Eduardo nos dirigía una perorata absurda sobre las condiciones del matrimonio en la aristocracia europea del XIX y por qué Ana Karenina tuvo que suicidarse necesariamente. “Necesariamente”, recalcaba, mientras yo, detrás de ella, me había sentado allí a posta, para contemplar aquel pelo a mi gusto, sin trabas, y dejar de escuchar aquellas palabras que lo único que hacían era confundir a la gente. ¡Como si no hubiera suicidios ahora, que la aristocracia y sus supuestos prejuicios habían desaparecido en aras de otra clase quizá mucho más terrible! “Idiota”, me dije para mis adentros y desconecté. Luego, pasé media hora intentando dibujar aquel pelo que no se parecía a ningún otro y taché esbozo tras esbozo procurando que no se notase la frustración que siempre me asaltaba cuando intentaba dibujar. Eduardo debió de pensar que estaba muy concentrado tomando notas de lo que decía y me preguntó, se sintió obligado el muy torpe, si estaba de acuerdo con el modo en que el autor desarrollaba la escena del tren, “esa monstruosa escena”, palabras suyas, que precedía al suicidio. Yo le dije

sí y esperó unos segundos a que continuase, como si uno tuviese la obligación de hablar sin parar y tener que justificar cada uno de sus actos u opiniones todo el rato. Dije sí y punto y ahí me quedé. Pero aquello no debió gustarle porque nos emplazó a entregar para la siguiente clase la redacción sobre el adulterio. Venganza. Esa es la palabra. Y pensé que alguna vez pagaría por estas humillaciones sin fin que hacía padecer a sus alumnos. “¿Por qué?” me preguntaba, cuando salíamos ordenadamente de la clase, un poco sonámbulos, mientras intentaba ponerme a la altura de Laura antes de que desapareciera por la calle, “por qué tienen todas estas personas que soportar la rivalidad que este hombre siente por mí”, y me deleitaba en la indignación que me causaba mi propia pregunta, a la que masticaba de una u otra manera sin intentar ni siquiera responderla, cuando ella, volviendo su perfil derecho hacia mí, el pelo entonces se onduló hacia atrás como la llama de una antorcha sorprendida por una corriente inesperada, me preguntó si tenía la redacción acabada y si podía preguntarme sobre el tema ya que había venido por segunda vez y se había perdido lo que el profesor, dijo profesor, había dicho en las clases anteriores sobre Tolstoi.

-¡Es tan interesante lo que cuenta! Mira lo que nos ha dicho hoy, ¿quién iba a sospechar que detrás de aquellos modales se escondieran esas pasiones inconcebibles y el castigo fuera tan brutal? ¿No crees?

Recuerdo con nitidez aún esas palabras, una por una, y la timidez con que las pronunció, y la picardía que escondían detrás, pero me limité a asentir, parecía el día en que había que decir sí a todo, y le indiqué un banco donde podíamos sentarnos mientras intentaba explicarle lo que sabía de Tolstoi y su condenada obra sobre el adulterio.

Allí, en un rincón más o menos decente a no ser por las colillas que andaban desparramadas por el suelo, muchas pisadas y otras dejadas consumir a su aire por lo que

formaban unas manchas marrones en el suelo que semejaban cucarachas crecidas hasta el absurdo, allí le dije con calculada expresión, con oculta sencillez, todo lo que sabía, que era poco, no sin antes protestar ante lo que consideraba un atropello. Si no había estado en clase, era injusto que hiciese la redacción.

Pero ella, ondulando ahora el pelo hacia abajo, en esa postura era irresistible y tuve que cerrar los ojos, me contestó que se sentía obligada y que quería hacerlo porque el tema la atraía mucho. Entonces le hablé de Greta Garbo y de Vivien Leigh, de Fredric March, de Basil Rathbone y de Ralph Richarson, de sus distintos modos de interpretar el drama y le recordé aquel plano en que la Garbo, con la mirada fija, desfila por el andén que parece interminable y noté que ella, ahora, cambiaba de expresión, de la esperanza tonta a la desolación, y me dijo, con un débil hilo de voz, ahora, que se refería todo el rato a la novela, no al cine, y que si estaba en una clase de literatura lo lógico es que nos ciñéramos a la novela.

Sí. Le dije. Y quise justificar lo de las películas pero no me salió nada y deploré entonces estas clases donde sólo asistían jóvenes sin esperanza alguna de trabajar, amas de casa desengañadas y que se apuntan a cualquier cosa durante unos años antes de sumergirse en la depresión y extraños como yo, pequeños desechos, vamos, pero por fortuna los menos, ¿y ella, entonces, dónde situarla?, causantes de que no pudiéramos hablar libremente de lo que nos gusta, con tranquilidad y sin tener que pedir cuentas a nadie, menos a nosotros mismos, como recuerdo pasaba en mi barrio cuando era pequeño, donde sobre gustos no había nada escrito, y era así en su sentido literal, y nadie preguntaba, maldita la cosa, si aquello de lo que hablaba se refería a una novela o a una película.

-¿Tanto te gusta el cine?

Esa fue la siguiente pregunta, que me pareció impertinente, porque nada tenía que ver con lo que le había dicho

antes aunque lo pareciera y le contesté, la verdad es que no recuerdo pero seguro que no le dije esta vez que sí, y me puse a hablar de otra cosa, de Tolstoi, sin ir más lejos, hasta de sus excesos sexuales, todo me daba igual con tal de que dejara de preguntar sobre el cine. Nunca me gustó que supieran de mí con preguntas tan directas, sobre todo al conocerme. Y esta mujer ni siquiera sabía cómo me llamaba. Pero ese pelo era irresistible.

¿Cómo decirle, entonces, que su pelo me recordaba al de Veronica Lake, aquella Constance Keane de deslumbrante porte enano, cuya cabeza fue mi sueño salvador cuando mi mujer se quedó calva por el tratamiento de cáncer? ¿Cuándo podría llamarla mi dalia azul, por ejemplo, sin tener que justificar mi afición al cine, sin tener que confesar en un susurro que fue esa afición lo que salvó mi vida en aquel barrio donde la única realidad que me gustaba vivir era la de la butaca de madera crujiente del cine Alhambra y que no veía el momento en que abrieran para poder meterme allí cuatro o cinco horas y salir, ya de noche, por aquellas calles polvorientas o embarradas, no había término medio, que olían a repollo y a vino echado a perder con ganas de meterme en la cama para revivir lo que había visto durante toda la tarde? ¿Cómo decirle todo esto?

Pero ella ya se explayaba sobre las ansias sexuales de Tolstoi, olvidando lo del cine. Parecía saberlo muy bien. Sí, sí, había leído La sonata a Kreutzer. “¿Y tú?” “No, yo, no. Todavía”. Así que había leído ese libro que habla de todos los matrimonios desgraciados. ¿Cómo decirle que nunca quise leerlo precisamente por eso, porque trata de una de las mayores torturas del mundo y yo ya tenía bastante con Blanca, con su enfermedad y sus silencios? Pero le contesté, hice un esfuerzo de memoria estrujándome los sesos, con alguna frase banal que había pillado en algún Reader’s Digest de mi padre sobre los sufrimientos del escritor ruso y cómo se castigaba por el simple hecho de

desear como sólo podía desear un gigantesco ejemplar como era él. Y ella, entonces, me sonrió y quiso saber más, si todo eso estaba relacionado con la crisis que le llevó a ese misticismo socialista y a la muerte a la intemperie. Entonces me revolví y la miré con fijeza a la cara, medio tapada por una onda casi de otro mundo, y quise decirle que sí, que todo eso de salvar a la humanidad no era más que una idealización de su propia desgracia, que era un hombre destrozado por su vitalidad monstruosa y por las convenciones de su mujer y de él mismo, y nada más, pero, ¿cómo decirle eso?, ¿cómo revelarle las medias verdades de un mundo cínico y sin escrúpulos que por no creer no deja ni siquiera en pie las creencias de los que habitaron el pasado?

Vi venir a Eduardo saliendo de su despacho, con la cartera llena de papelotes y solo, sin el obligado alumno que siempre le abordaba por el pasillo. Nunca deseé tanto que en ese momento alguien le preguntara algo, le saludara, le pusiera la zancadilla, qué se yo, cualquier cosa antes de que llegase hasta donde nosotros estábamos sentados, muy juntos uno del otro, yo casi rozando con mi frente las ondas de pelo que me llegaban casi perfumados, ella con las rodillas apretadas en cuyo regazo reposaba una libreta junto a una edición manoseada de Resurrección, ¡qué hartazgo de Tolstoi debería estar dándose!, pero llegó, vaya si llegó, y con la peor de las intenciones. Se puso a hablar de todo, de cualquier cosa, haciéndose el meloso, bamboleando su cuerpo donde tintineaban los innumerables bolígrafos, lápices, plumas, rotuladores, rollerballs, que llevaba grapados en los bolsillos de aquel chaleco de pescador tan estúpido. Me atusé las mangas de la chaqueta, una vieja, muy vieja chaqueta de tweed, de Connemara, y miré hacia otro lado mientras él, atusándose el poco pelo que le quedaba en la recortada barba blanca, reparaba en el libro de ella y hacía un comentario banal. Me percaté tarde de que me había engañado. En realidad

lo que quería era hablar conmigo y desembarazarse de aquella chica con cualquier excusa. No hizo falta. Acababa de dirigirse a mí cuando ella, con un volteo gracioso de su cabeza, el pelo girando obediente a su sentido, como en un anuncio de champú de esos que ponen en la televisión, cursis y a cámara lentísima, se despidió de los dos con gestos tímidos, el pelo cayéndole en toda la cara de modo que solo se veía la nariz, respingona que sobresalía a duras penas y la boca que se despedía de nosotros con gesto mecánico y un mohín posterior que creí atisbar para mis adentros, ¡Laura, dulce Laura, con sus gestos tan francos que parecía estar dispuesta a reconciliarse siempre con el mundo, costase lo que costase ¡Pero no quiero seguir por ahí. No, por ahora.

-No se si te habrás fijado, lo digo por la edad que tienes, la gente de tu generación habéis visto poco cine clásico, pero esta chica tiene un pelo igual al de Veronica Lake, aunque, eso sí, debe medir el doble que aquel retaco. Claro, que al fin y al cabo hacía pareja con otro enano, Alan Ladd...

Aquello era un insulto. Una declaración de guerra. Y seguro que la frase esa, tan desgraciada, la habría dicho sólo por congraciarse conmigo, porque, en realidad, hay que empezar a hablar de algo y cualquier cosa vale. Pero decir lo que dijo de Veronica Lake... y de Alan Ladd. No sé. Era imperdonable. Puse cara de no saber de qué me hablaba. No insistió. Pasó a su historia de inmediato.

-Me he fijado en el modo en que atiendes en clase. Las notas que tomas, como en el día de hoy. Bueno, quizá ocurra porque eres de los alumnos el que más edad tienes. No sé, la responsabilidad y todo eso... el tomarse las cosas en serio. Muchos de los alumnos que vienen a estas clases lo hacen porque son casi gratis y, además, están en paro y los días son muy largos. No por otros motivos, por lo que puedes figurarte el nivel y el interés que le echan a la cosa... En fin, me gustaría que leyeras la redacción sobre el

adulterio que has escrito en clase, delante de todos. A ver si con ello logramos animarlos a que participen un poco más...

Hablaba así, entrecortado, no sé bien por qué, cuando en clase parecía dar rienda suelta a toda su verborrea tolstoiiana. ¡Me estaba pidiendo complicidad! ¡Él, que no paró desde el primer día de frustrarme! Lo de Moby Dick, imperdonable. Lo de Tolstoi, para qué hablar. Y ahora esta petición de complicidad para ridiculizarme delante de toda la panda de compañeros en camiseta. Le odié con toda mi alma pues me había quitado la única oportunidad que tenía de ver de nuevo a Laura, su pelo. No. No iba a leer el ejercicio sobre el adulterio porque me había dado cuenta de la trampa a que me sometía. Además, no lo tenía hecho, ni lo tendría nunca. Cuando lo propuso me juré que pasase lo que pasase no lo haría. Adulterio, Tolstoi... qué espanto.

Me despedí con la promesa de que así lo haríamos.

Aquello fue casi como un guiño de ojos de viejos colegas. El quiso pegar la hebra. Si insisto, hasta me invita a tomar una caña en el bar de al lado, el que tiene las mismas magdalenas en el mostrador desde hace semanas. Lo que me hubiera faltado para completar el día. Alegué prisa y me marché casi corriendo a una casa que desde hacía años no esperaba a nadie, un piso cuya única ventaja es que estaba justo encima del estanco y allí me quedé, pegado al sofá, rumiando rabia mientras me comía unas aceitunas sin hueso y buscaba una película con la que poder relajarme antes de meterme en la cama.

Las sábanas. Había que cambiarlas. Por lo menos dos semanas que debería haberlo hecho. No abandonarse. Es la muerte. La encontré. Ponían Breve encuentro en una cadena que se jactaba de no incluir publicidad. De nuevo me metí en aquellas brumas como otras veces. La estación de tren, las miradas, Celia Johnson, esa cara, siempre ese primer plano de su cara que lo expresaba todo, como Isolda... y Trevord Howard, la gabardina, tan circunspecto

y, sin embargo, todo él un volcán... mental. Nada que ver con esa bestia rusa de dos metros capaz de copular siete veces seguidas y sus titánicos problemas. Además, la música de Rachmaninov. Dormí como los ángeles pero con tristeza.